

Esta sección “menor” —puede que en altura, que no en sabor—, sigue y seguirá abierta para todos con las intenciones que se marcaron en el número precedente: pequeñas lecciones de humanidad, “pellizcos” de la inteligencia apasionada, para escritores de altura y lectores de muchos centímetros.

Pero como las colaboraciones no llegan, se espiga aquí y allá, donde el criterio, la lección magistral o la chispa relumbran. La cosecha no es muy grande, a la espera de que profesores, colaboradores y antiguos graduados se animen, Ahí va.

* * *

EL DINERO PRIMERO, LUEGO DIOS

La Vanguardia se dedicó durante el verano a exhumar algunos grandes textos del periodismo. Siguiendo esa misma línea, voy a reproducir aquí otro gran texto mucho más antiguo, nada menos que de “Antígona”, una de las mejores tragedias de Sófocles y de la Grecia clásica. Decía así: “No hay entre los hombres institución tan perniciosa como el dinero. El dinero destruye las ciudades, expulsa a los hombres de sus casas, trastoca las mentes honradas de los seres humanos y las induce a entregarse a acciones vergonzosas. Él es quien enseña a los hombres a transgredir y cometer impiedades de todo género... Las infames ganancias pierden a muchos más de los que salvan

Cabría añadir a esas palabras aquel verso de Virgilio en “La Eneida”: “Hambre sagrada del oro, ¡qué cosas induces a hacer a los mortales!”. O la ironía del poeta Horacio, que parece dicha de la sociedad de hoy: “Lo primero es buscar el dinero. Luego ya vendrá eso de ser bueno”... La importancia de las citas reside en que esa visión del dinero es casi el único punto donde coinciden Atenas y Jerusalén, la cultura griega y la judía, que son las dos cunas del ser occidental. (En realidad, también coincidirían aquí las grandes religiones de Oriente, que son, sobre todo, religiones “de la pobreza” y que hoy Occidente intenta convertir en objetos de consumo. Pero ahora podemos prescindir de Oriente).

Según la historia bíblica del becerro de oro, los hombres se apartan de Dios adorando el dinero. Según el Nuevo Testamento (y algún otro texto cristiano primitivo), “la raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim 6,10). Las palabras de Jesús contra el dinero y contra los ricos son una piedra en el zapato de todos los cristianos. Algunos conocerán incluso la famosa diatriba de un sermón de san Juan Crisóstomo: “El que es muy rico, es un ladrón o es hijo de ladrones”.

Es cierto que la modernidad quiere construir Occidente quedándose con nuestras raíces griegas y arrancando las judías. Pero la coincidencia de Atenas y Jerusalén en su visión del dinero hace ver que esa imagen no es una verdad religiosa-moral, sino un dato de sabiduría humana universal; y que la cultura griega era mucho más sabia que la nuestra. Un “teólogo” norteamericano se irritaba contra los teólogos de la liberación por su visión del dinero, al que él considera sólo como “un inocente medio de cambio”. No sabe uno si el inocente es el dinero o ese teólogo.

Porque es verdad, mucha verdad, que el dinero resuelve una cantidad enorme de problemas. Y que el dinero proporciona una de las cosas que más necesitamos los humanos: crédito y estima, y hasta una cierta envidia de los demás (aunque se trate de un crédito y una estima fingidos y de una envidia bastante real). Es verdad que el dinero permite tratar bien a los amigos, que es un gusto muy humano. Pero, precisamente por eso, es verdad también que el dinero se nos pega a los bolsillos como las uñas a la carne (“te quiero como se quiere al dinero”, cantaba una zarzuela). Es verdad que la abstracción en que últimamente se ha convertido el dinero facilita mucho más todas las tentaciones que denunciaba Sófocles. Es verdad que dinero nunca tenemos bastante: los que tienen mucho dinero buscan influencia política para, mediante ella, facilitarse mayores adquisiciones. Y es verdad que la izquierda se desnaturalizó cuando adoptó la ideología de la derecha en este punto y hoy vaga por ahí sin identidad, como alma en pena, buscando desesperadamente sustituir a la derecha en el poder... para hacer la misma política que la derecha (y acordándose de la justicia social sólo en los días de campaña electoral y de promesas que no serán cumplidas).

Sorprende por eso que la jerarquía y el magisterio eclesiásticos, tan obsesionados por una inoportuna erección de más, se muestren poco preocupados por los bolsillos de un Bill Gates, por ejemplo, cuyo patrimonio se estima en 90.000 millones de dólares. ¿Cuándo repetirá la Iglesia públicamente su doctrina más tradicional, a saber: que una fortuna así es, por sí misma, un pecado mortal? ¿Cuándo desempolvará la frase citada de san Juan Crisóstomo, que es uno de sus santos padres? ¿Cuándo dará una mínima vigencia a las palabras de su fundador que dicen que “no se puede servir a Dios y al dinero” y que es “casi imposible que un rico se salve”?

Pero dejemos la moral y volvamos a la sabiduría. En la sociedad del dinero la vida está hecha para producir y consumir. Los demás campos (el amor y la amistad, la cultura, el deporte, la religión...) quedan como apéndices de fin de semana y caen fuera de la órbita humana, salvo cuando pueden ser reducidos a objetos de consumo. Si antaño se decían cosas como que “el ser humano existe para alabar y servir a Dios y mediante esto salvar su vida”, ahora se diría que el ser humano existe para producir y consumir y, así, generar nuevos dineros con los que se pueda producir y consumir más. El hombre teme al despido mucho más de lo que temíamos a la policía en tiempos de Franco. Y el cine se ha ocupado con frecuencia de estudiar el tipo de persona que resulta de esas sociedades de producción y consumo. Alguien podría analizar este punto en algunas películas como “Recursos humanos”, “Selon Mathieu”, “Smoking room”, “El empleo del tiempo”, “Lloviendo piedras” y otras. A lo mejor salía una buena tesis doctoral.

J. L. González Faus, *La Vanguardia* 27/11/2002

CEGUERAS DE NUESTRA CULTURA

Se extrañan muchas gentes de que la jerarquía eclesiástica, apelando al Evangelio, pueda hacer a veces cosas poco evangélicas. Uno también sufre por esas incoherencias. Pero serena constatar que ése es el modo de proceder de todos los humanos. Saramago llamó a una de sus mejores novelas “Ensayo sobre la ceguera”. Y la cultura moderna, apelando a sus grandes santones, propone a veces normas de actuación y de vida contrarias a ellos. Por ejemplo: se supone que somos hijos de Freud, Marx y Nietzsche, a los que se califica como “maestros de la sospecha”. Pero nosotros los hemos convertido en “garantes de nuestra suficiencia” y de nuestra incapacidad para sospechar de nosotros mismos. Veámoslo por pasos.

1. Hemos reducido a Freud a un mero “todo es sexo” y, de ahí, a que podemos sexualizar (más aún: genitalizar) toda la vida. Pero Freud no enseña propiamente eso, sino la falibilidad de nuestros conocimientos y decisiones, tan condicionados por un inconsciente invencible que siempre encuentra nuevos escondrijos en el deseo infinito del hombre.

2. Marx vino a decir que “todo es economía” y que, por eso, nuestras convicciones sociales son falibles, dado que están condicionadas por el interés económico. Nosotros nos hemos quedado con que, si todo es economía, podemos comercializar

todas las relaciones humanas. Como decía un viejo chiste (creo que de Serafín), de Marx nos hemos quedado con una sola cosa: el capital.

3. Nietzsche, como es sabido, anunció la muerte de Dios. Pero parece que, luego de muerto Dios, “ya no habla Zaratustra”. De Nietzsche nos hemos quedado con la destrucción de la religión, cuando su mensaje más hondo no apuntaba a la religión sino al ser humano. La religión es puro fariseísmo o hipocresía (así cabe resumir el mensaje nietzscheano); pero porque los seres humanos somos puros fariseos. Nosotros, desconociendo esto segundo, hemos sacado de Nietzsche una carta blanca para nuestra espontaneidad farisea y para nuestro sentimiento de superioridad. Casi nos sentimos ya superhombres, olvidando que, para Nietzsche, la aparición del superhombre tras la muerte de Dios era una auténtica empresa de titanes y no de simples consumidores. Y que la alternativa a ella era que acabemos siendo “los últimos hombres”. ¿No será eso a lo que nos estamos encaminando, más allá de nuestra repelente suficiencia primermundista?

4. La nuestra quiere ser, sobre todo, una cultura de la democracia, y de eso nos sentimos bien orgullosos. Pero, ¿alguien podrá negar que nuestra democracia vegeta absolutamente desnata y descafeinada? ¿Que la hemos reducido a una telecracia o pseudocracia (no un poder del pueblo, sino el poder de la tele y la mentira)? ¿Y que, a través de ellas, parece que vamos hacia una forma mundial de “fascismo democrático”? De este punto hablaremos otro día. Volvamos a los maestros de la sospecha.

Hace ya bastantes años, la teoría de la relatividad nos hizo desconfiar del conocimiento pleno y objetivo... ¡hasta en el campo de la física!: porque el espectador de un fenómeno físico no está quieto. Se mueve él también. De modo parecido, los maestros de la sospecha nos hicieron desconfiar de nuestra objetividad, porque el conocedor también “se mueve”: y se mueve ahora, no ya movido por la rotación de la Tierra, sino por sus pulsiones inconscientes, por sus intereses económicos y por su voluntad de poder. Inconsciente, intereses y afán de superioridad son una fuente de ceguera inagotable. Por ejemplo: a los políticos les es muy difícil ver con objetividad porque están siempre moviéndose, como el espectador del ejemplo de Einstein. Pero se mueven exclusivamente por la obsesión de captar votos. Hay quienes creen que de momento, y tal como están montadas las democracias, esto es inevitable. Pero sería al menos muy importante que los políticos abandonasen el aplomo y la seguridad con que dicen cosas (a veces muy) discutibles, y manifestasen sus dudas y sus “quizás” (que es lo que muchos hacen, por otro lado, cuando hablas con ellos de tú a tú). Ese

día levantaremos un monumento a don Enrique Tierno Galván, único que se atrevió a ir por ese camino, aunque así le fue...

Una última observación: todo lo dicho quiere ser una crítica a nuestros valores ambientales y a nuestra cultura, no a las personas que se mueven en ella. Por suerte, comparto la observación de T. Adorno de que “los hombres suelen ser mejores que su cultura”. A esos seres humanos hemos de apelar para que intenten ser regeneradores, y no meras víctimas de nuestra atmósfera cultural, como intentamos hacer también con la atmósfera física del planeta. Para esta “ecología cultural” puede ser útil recordar la crítica y la promesa de uno de los mayores debeladores del ser humano y, a la vez, de los que más le amaron y confiaron en él. Aquél que, ya antes de Freud, de Marx y de Nietzsche, solía decir: “Dichosos los limpios de corazón porque ellos ‘verán’...”.

No conviene repetir mucho esa frase de Jesús, no sea que dentro de poco se anuncie por la tele algún detergente que no sólo “limpia más blanco” sino que además limpia el corazón. Pero, al menos, queda decirle al sufrido lector: “Usted que lo vea”.

J. L. González Faus, *La Vanguardia* 27/08/2002

EL PAN-MORALISMO LAICO

Europa cocina una Constitución, y en la charca mediática las ranas han vuelto a dividirse en güelfas y gibelinas. El bando güelfo es partidario de recoger en esa Constitución las señas de identidad cristianas del continente, pero el bando gibelino contesta que hasta ahí podíamos negar, que Europa es laica y al cristianismo nos lo encontramos en la calle.

Pueden rellenarla de literatura o de viento, pero yo creo que en la Era del Ocio, que es la nuestra, lo único importante de una Constitución es la fecha de su promulgación, que ha de permitir un buen juego de puentes festivos. Arrecia, sin embargo, el griterío de la causa gibelina, y esto siempre ha de amoscarnos un poco. Después de todo, sólo hay un moralismo más molesto que el moralismo religioso, y es el moralismo laico.

Vista desde aquí, Europa no parece cada día más laica; si acaso, más analfabeta, que es otra cosa. De hecho, para el moralismo laico, la Historia de Europa comienza en 1789, y si es la de España, en 1936. “Al influjo teológico de la Iglesia, se deben las taras de nuestro carácter, el sentido inquisitorial de la justicia, el sentimiento catastrófico de la vida que incapacita al país para una reforma moderna. Y yo digo: No más

abrazos de Vergara; no más pactos de El Pardo; no más transacciones con los enemigos irreconciliables de nuestros sentimientos y de nuestras ideas. Si quieren hacer la guerra civil, que la hagan”, bramaba jacobinamente Albornoz en la cocina de la Constitución del 31.

Surgido del moralismo religioso, el moralismo laico desnuda a un santo para vestir a muchos santones. En lugar de clérigos, intelectuales. En lugar de beatas, progres. En lugar del Kempis, el editorial del día. Ahí es nada: la Misa del Trabajo, el Evangelio de la Democracia y la Comunión de la Libertad. Nada, pues, tan exagerado como el moralismo laico, un panmoralismo de ascética represiva hasta la aprensión.

Lo hemos visto en Madrid, cuando tres diputados regionales fueron sorprendidos en un pleno mirando pornografía (?) en un ordenador portátil como se mira a los jugadores del mus. ¡Para sí hubieran querido esos pobres representantes del noble pueblo madrileño la penitencia que un señor cura de Burgos nos impuso a los monaguillos sorprendidos leyendo a Hebrero San Martín en “La chica del As”! Cinco padrenuestros y cincuenta avemarías. ¿Qué trae mejor cuenta a la hora de la penitencia, un cura preconiliar o un editorialista laico? Como dicen los andaluces, para ser cochero, serlo de un marqués.

Si el moralismo religioso utilizaba el término escolástico “la Carne” como uno de los tres enemigos del alma —los otros dos eran el Demonio y el Mundo—, el moralismo laico utiliza ese mismo término como uno de los tres enemigos de la democracia. Los otros dos son Dios y, por supuesto, los americanos. Pobre América, tan cerca de Dios y tan lejos del genio europeo, que a mí me recuerda a lo que Bertrand Russell decía del genio romano, que era como el de un “jeune homme rangé” en la Francia del XIX, que después de una vida de aventuras amorosas se sitúa ventajosamente por medio de un matrimonio de conveniencia. El braguetazo de Europa es América, aunque...

Allá por 1949, se lo explicaba a Foxá en el “grill” de un hotel un militar americano. Si Rusia invadía a Europa, América iniciaría la reconquista desde el norte de África. “Pero esto supone —le replicó Foxá— la destrucción del viejo continente”. Y el americano le contestó con cierto desdén: “¿No ha visto usted las ruinas de Egipto o de Pompeya? ¿Por qué Europa iba a ser eterna?” Pero háblele usted a un analfabeto laico de las ruinas de Egipto y Pompeya.

Ignacio Ruiz Quintano, ABC, 11/12/02

DEMAGOGIA Y PARIDAD

Hace algún tiempo se me ocurrió escribir un artículo en el que me recochineaba de esa fantochada de la “paridad electoral”, que los centinelas de la virtud pretenden enarbolar como banderín de enganche ante cierto feminismo de cartón piedra. De inmediato, un puñado de ménades devotas del anacoluto enviaron sus diatribas a este periódico. Las cartas que me remitieron entonces las tres o cuatro lectoras que todavía me soportan, y hasta las muchas que no quieren verme ni en pintura, no admitían resquicio a la controversia: con unánime hilaridad, se burlaban de las sinrazones proferidas por las ménades, y prometían mirarme con algo menos de animadversión en el futuro. Agradezco, pues, efusivamente a las ménades su esfuerzo de apostolado, que a tantas lectoras reticentes o hurañas ganó para mi causa. Ahora leo que el Consejo de Ministros ha decidido interponer recursos contra las leyes electorales autonómicas que postulan la paridad; y aunque celebro la gallardía del Gobierno, lamento que el Tribunal Constitucional haya de dirimir pejuergas que la mera imposición del sentido común resolvería. Pero la engañifa demagógica ha enquistado la acción política; y así hemos llegado a situaciones rocambolescas como la que nos ocupa, en la que los órganos representativos se convierten en remedos chuscos del arca de Noé, donde todas las especies animales se salvaron paritariamente del diluvio.

Para justificar sus recursos, el Gobierno ha aducido que las leyes autonómicas de marras “vulneran varias disposiciones constitucionales, que hacen referencia a la exclusividad del Estado para garantizar la igualdad de los ciudadanos en el ejercicio de sus derechos”. No creo que haga falta ponerse tan campanudo. Bastaría recordar que la imposición de la paridad pervierte la misión del político en una democracia representativa, que no es otra que la de defender los intereses del conjunto de los ciudadanos. Pero el embeleco de la paridad preconiza tácitamente que los intereses de las mujeres los defienden mejor quienes participan de sus peculiaridades anatómicas; y así la política se confunde con la fisiología. Extendiendo este razonamiento oligofrénico a otras peculiaridades variopintas, aceptaríamos que a los conquenses sólo pudieran representarlos concejales (¡y concejalas!) oriundos de Cuenca; o que se incluyese a un diabético (¡o diabética!) en cada lista electoral, para que los individuos con el azúcar alto no se sintieran desprotegidos o discriminados.

Como la reducción del electorado a una mera agregación de compartimentos estancos, cada cual con su cuota o parcelita de poder, resulta demasiado obscena, los partidarios de la paridad se inventan otras triquiñuelas demagógicas. Y aseguran que así se favorece la incorporación de la mujer a puestos de responsabilidad; y que así

se garantiza el “uncionamiento democrático” de los partidos (como si un partido político fuese un sexador de pollos); y no sé cuántas chorradas más. Ante lo cual, cualquier persona con sentido común se pregunta: “¿Entonces por qué no se aplica tan salutífero método en cualquier oferta de empleo? ¿Por qué no se impone por ley la paridad en las empresas y en las oposiciones públicas?”. Y enseguida halla la respuesta: porque las mujeres que caminan por la vida confían en sus méritos, en su inteligencia, en su capacidad para imponer el talento sin cortapisas paritarias. En cambio, en ciertas camarillas políticas se desconfía tanto de la mujer, se la considera tan escasamente dotada, tan lerda o incompetente, que necesitan acudir a estos cambalaches. Así, mediante la adjudicación obligatoria de cuotas, se pisotean los méritos de la mujer, y se la convierte en beneficiaria de caritativos cholletes. Así se humilla la dignidad de la mujer.

Juan Manuel de Prada, ABC, 30/9/2002

MARXISMO ROCOCO

Un gran escritor se distingue por su capacidad para expresar, a través de una vivida ráfaga, lo que otros no conseguirían transmitir ni a través de un prolijo mamotreto. Ayer, el corresponsal Juan Pedro Quiñero volvía a demostrar sus dotes de escritor de ley mediante la sucinta narración de una anécdota que sirve para explicar el fracaso de la izquierda degenerada en marxismo rococo: “El miércoles pasado, después de comer, la esposa de Laurent Fabius, ministro de Finanzas, estaba sentada en la terraza del café de la plaza de Saint-Sulpice, vestida con mucho gusto, con un traje de Armani y un bolso de cocodrilo. Mientras el camarero, en pie, esperaba a cobrar dos cafés y una botellita de agua, la señora Fabius le comentaba a su amiga:

“Nosotros, la gente de izquierdas...” El camarero me miró, lacónico, y yo me pregunté por quién habría votado aquel hombre. No se puede expresar con palabras más ferozmente nítidas la defección de una izquierda que ha abandonado a sus electores, para refugiarse en un territorio desde el que sólo defiende sus intereses de burguesía progre e instalada.

Por “marxismo rococó” (según la acuñación de Tom Wolfe) designamos esa pose postiza, cínicamente nostálgica, que la izquierda hegemónica ha adoptado como plácida trinchera, una vez que sus reivindicaciones clásicas han sido asimiladas por el liberalismo triunfante o desechadas por obsoletas y catastróficas. Del mismo modo que la derecha tuvo que encajar en su modelo social y económico algunas reivindi-

caciones históricas del marxismo para alcanzar la hegemonía de la que hoy disfruta, los partidos de izquierda pensaron que podrían seguir enarbolando sus utopías en ese modelo convenientemente rectificadas con pinceladas progres que la derecha, magnánima y ladina, les tendía. Entonces la izquierda (sus promotores y mandamases, quiero decir) descubre los beneficios del *establishment* y muere como ideología plausible. Mientras la izquierda no comprenda que su supervivencia exige la postulación de otro modelo de sociedad, habrá perdido la batalla. O bien le quedará el subterfugio de transformarse en marxismo rocoó, esa impostura que ha sustituido la defensa de los intereses del proletariado clásico por un conglomerado de causas fantasmagóricas que, sin embargo, quedan muy *modelnas* ante los medios de adoctrinamiento de masas. El marxista rocoó, en fin, sería un burgués vergonzante (quizá disfrazado por una remota genealogía proletaria) que, tras aceptar las ventajas del orden liberal, inventa causas exóticas, o periféricas o meramente ficticias (defensa de los bosques amazónicos, reconocimiento de los derechos de los animalitos, coqueteos con los movimientos antiglobalización, sistemas de paridad entre sexos en los cargos representativos y otras chorraditas masturbatorias), para soslayar el difícil ejercicio de contemplarse cada mañana ante el espejo y sentir asco de sí mismo.

Por supuesto, el marxismo rocoó tiene su electorado propio (la burguesía progre y de nuevo cuño que ha prosperado en las últimas décadas), unos medios de adoctrinamiento de gran prestigio entre la masa sojuzgada (sobre todo en materia cultural) y demás parafernalia que garantice su mantenimiento en el establishment. Pero ha perdido el apoyo de quienes justifican sus existencia: quizá mientras se mantiene en la oposición, el marxismo rocoó logra embaucar a sus antiguos electores con reivindicaciones demagógicas (inmigración a tutiplén, movilizaciones verbeneras, etcétera), pero, una vez en el gobierno, queda desenmascarado. Y la famélica legión (que sigue existiendo, aunque el marxismo rocoó no se entere) va y vota a Le Pen, hastiada y resentida.

Juan Manuel de Prada, ABC, 29/4/2002

TIEMPO PARA LA ESPERANZA

En la catedral episcopaliana de San Juan el Divino, en Nueva York, se ha instalado la décima exposición de “Las Edades del Hombre”, que trata de ser compendio y quintaesencia de las nueve anteriores. El visitante penetra en el templo, que es un gran hangar neogótico, entre escéptico y divertido; mientras recorre las capillas laterales se tropieza con altarcillos horriblos que pregonan el sincretismo de la religiosidad americana. El visitante no quiere hacer escarnio de ninguna fe, pero al estupor que le producen estos altarcillos se suma pronto la hilaridad que le despiertan algunas de las vidrieras horterísimas que filtran la luz exterior. El visitante intenta meterse en el pellejo de un feligrés episcopaliano, y enseguida lo acomete un complejo de inferioridad que no se puede aguantar. Porque cualquiera de las cien piezas de la muestra que se exhiben, refugiadas en la penumbra, en el ábside de la catedral, valen más que doscientos hangares neogóticos como el que les sirve de hospedería.

En una de las capillas del ábside, un lienzo primerizo de Goya comparte espacio con dos tallas de Gregorio Fernández —un “Ecce Homo” del museo catedralicio de Valladolid y un “Cristo Yacente” del convento de clarisas de Medina de Pomar, en Burgos— y una “Dolorosa” de Pedro de Mena. Nunca Goya se había visto tan empuñado, tan reducido a la mera condición de comparsa: comparado con la belleza agónica y atribulada de las tallas de Mena y Fernández, su lienzo parece una pieza de relleno, una de esas concesiones al gregarismo turístico que cualquier exposición incorpora, por no atreverse a trastornar las jerarquías estéticas heredadas. Pero basta detenerse ante la esbelta dignidad del “Ecce Homo”, basta contemplar el patetismo macilento del “Yacente”, basta mirarse en los ojos trémulos de esa “Dolorosa” que acaba de quedarse huérfana de Hijo para que el visitante se zambulla en un magma de emociones espirituales en el que el arte se encarna en la fe, se ensimisma en la devoción, para lavarnos de pecados y enfrentamos al misterio. Antonio Ignacio Meléndez, comisario de esta exposición, cuenta al visitante que, mientras se desembaraban las piezas de la muestra, aún tenía que luchar con las reticencias de los pastores que regentan la catedral de San Juan el Divino, que miraban con un poco de desdenosa displicencia a los invasores venidos de allende el Atlántico. Un día, mientras se descubría el “Ecce Homo” de Gregorio Fernández —una talla de hermosura impronunciada que nos conturba con su serenísimo dolor, con su portentoso estudio anatómico en el que se funden fragilidad y apostura, divinidad lastimada y desvalida humanidad—, el pastor cascarrabias enmudeció de repente y arrancó a llorar con lágrimas minuciosas y reverenciales. Y desde entonces nunca más volvió a poner trabas a sus huéspedes.

Hace ya algún tiempo que el visitante decidió que el verdadero arte es un sagitario de belleza que nos traspasa con una flecha de emoción. Antaño, cegado por cierta petulancia juvenil, el visitante pensó que la comprensión del arte reclamaba coartadas intelectuales; pensó que sólo un séquito de áridas erudiciones o charlatanerías vacuas podía arropar el deleitoso momento en que se saborea una obra de arte. Ahora, el visitante sabe que, ante la obra de arte, debemos desenterrar aquella credulidad ingenua del niño, aquella fe dúctil al milagro que nos bendecía durante la infancia: sólo así, con los sentidos en vilo, heridos de asombro, sobrecogidos por una especie de pasión religiosa, podemos entender el verdadero arte. Mientras pasea por la exposición “Tiempo para la esperanza”, el visitante ha recuperado, entre los yacimientos de conformismo y tedio en que lo ha sepultado la edad adulta, el manantial purísimo de la infancia. El visitante ha llorado ante el “Ecce Homo” de Gregorio Fernández, y con eso le basta.

Juan Manuel de Prada, *ABC*, 11/11/2002

UN ORNITORRINCO EN LA PLAYA: LOS JÓVENES

Los talludos profesamos sobre los jóvenes toda suerte de ideas, por lo común infundadas. El estereotipo máximo, el nuclear, el que cultivan por igual las izquierdas y las derechas, asegura que los jóvenes son generosos, poco dados al cálculo prudencial, y radicales en materia ideológica. De esta premisa, los conservadores han solido extraer la conclusión de que la juventud constituye una forma de tontería probablemente adorable, y afortunadamente pasajera. En frase hecha célebre por Maurice Maeterlinck: “Si no eres revolucionario antes de los veinte, es que no tienes corazón. Si lo sigues siendo después de los veinte, no tienes cabeza”. Los progresistas y los rousseauianos se han apuntado, claro es, a la conclusión contraria. Yo declino pronunciarme a favor de unos o de otros. Este artículo va por otro sitio. Conforme a lo revelado por los últimos estudios sociológicos, el joven español se parece a su estereotipo lo que un huevo a una castaña. Tal parece desprenderse al menos de dos encuestas recientes: la realizada por la Comunidad de Madrid sobre una muestra de 4.621 alumnos de secundaria, y la que acaba de publicar el Instituto de la Juventud.

Según ambos estudios, más de la mitad de los jóvenes se declara de centro, con porcentajes residuales para quienes afirman ser de extrema derecha y extrema izquierda (en la encuesta del Instituto de la Juventud, la extrema derecha gana en cuatro centésimas a la extrema izquierda). Menos de un tercio considera insustituible a

la democracia, que se valora en función de su rendimiento, no de los principios que la inspiran. Y Europa, y todas esas cosas un poco enciclopédicas, y un poco ecuménicas, despiertan pasión cero. Estos datos escuetos autorizan un diagnóstico de urgencia: los lugares comunes de la ciudadanía venidera discrepan seriamente de los que asentaron el discurso público durante el periodo constituyente y postconstituyente. Entonces hubo consignas “democracia”, “modernización”, “progresismo” de las que nadie osaba apartarse sin un ligero sentimiento de vértigo. Existió, esto es, una ideología dominante, dominante en sentido estricto. El que no estaba en esa ideología, estaba en los márgenes. Que el proceso fuera espontáneo, interior, y no ligado en la mayor parte de los casos a formas de coacción ostensibles, demuestra la profundidad del fenómeno. Pues bien, no estamos ya en las mismas. Esto puede enojarnos. Pero es un hecho, que sería poco inteligente ignorar.

Segundo punto, más importante, o por lo menos más interesante, en mi opinión, que el precedente: no sólo los jóvenes piensan de otra manera, sino que piensan de una manera que hemos dejado de entender. Usaré, como referentes, el sexo y la religión. Cuatro de cada cinco adolescentes, afirman ser creyentes. Pero sólo el 15 por ciento va a misa. Un porcentaje abrumador manifiesta ideas tolerantes hacia la homosexualidad, o no condena las relaciones extramatrimoniales. La combinación de todas estas respuestas daría el siguiente perfil agregado:

Libertario en materia sexual, creyente aunque no practicante, y conservador en política. Pongan a continuación la moviola hacia atrás, y sitúense, por ejemplo, en los años treinta del pasado siglo. Un azañista, un socialista, un sindicalista, o un votante de la CEDA, se habría quedado con los ojos a cuadros. Por aquellas calendas, la no confesionalidad iba ligada a la descreencia, la descreencia a cierta comprensión en lo que toca al comportamiento venéreo, y esto último, a un *faibie* hacia fórmulas políticas rompedoras u hostiles a la tradición. Presumo que estas correlaciones estuvieron todavía vigentes, sin bien de modo atenuado, en el periodo que va desde los amenes del franquismo, al triunfo socialista. Al presente, no queda ni rastro del sistema antiguo, ni de su antisistema. Las correlaciones han desaparecido, o se han vuelto negativas. Ello merece, desde luego, una explicación.

La más tosca, y la más inmediata, es que ha cambiado la textura moral de los españoles.

Esta explicación, que denominaré ontológica, nos remite a la sorpresa y al escándalo de un filósofo natural que viese de pronto trastocadas sus taxonomías antañonas. En la *scala naturae* del filósofo, los rumiantes aparecían divididos, pongo por caso, en animales de pezuña hendida y animales solípedos. Y ahora resulta que los solípe-

dos ostentan escamas, o que los rumiantes están inscritos en la Seguridad Social. El filósofo decretaría que la naturaleza se ha vuelto loca, y se metería a anacoreta o se iría de copas.

Pero la explicación ontológica no es un convincente, por una razón elemental. En la esfera moral, al revés que en la natural, no existen hechos dados, o mejor, los hechos dados no son todos los hechos. Somos agentes morales en la medida en que adoptamos decisiones, y estas últimas, a su vez, vienen determinadas por las alternativas que ante nosotros se abren. Expresado a la conversa: el menú de alternativas influye fatalmente en el tipo de persona que moralmente somos o terminamos siendo. ¿Ha variado el menú al que normalmente se enfrenta un joven de dieciséis, diecisiete o dieciocho años?

Yo creo que sí. La clave tal vez se halle en unas palabras que Eric Hobsbawm, uno de los pocos marxistas que todavía quedan en pie, desliza en su autobiografía reciente —*Interesting Times*, 2002—. Dice allí: “No comprendí bien el significado de los sesenta (por el 68 francés. La acotación es mía). No era una revolución social o política. Se trataba más bien del equivalente espiritual de una sociedad de consumo: que cada cual haga lo que le venga en gana. No estoy seguro de celebrar la novedad”. Les propongo una versión distinta aunque hasta cierto punto concurrente de esta tesis: el pluralismo moderno, ligado a la noción welfarista de que el Estado debe suministrar a los ciudadanos toda suerte de bienes, sin fijación de jerarquías, ha provocado una dramática inversión en el mundo moral, social, y político. Se anima al personal —basta atender a la retórica de los partidos—, para que se apropie del paquete de cosas —mercancías, confesiones, modos de vida—, que más le guste. Y en habiendo recursos, y aun cuando no los haya, se bautiza la oferta con el dinero del bautizo, que suele ser dinero público.

Uno de los resultados, es que se entra en el templo de las ideologías como en el supermercado. Un poco de aquí, y otro poco de allá, y todo revuelto en el cesto de la compra. No es sorprendente, en vista de esto, que se pulvericen las coherencias antiguas, o que convivan, alegremente, un libertarismo de demanda —lo que los economistas denominan la *soberanía del consumidor*—, con una aceptación básica del *statu quo* político. Ni es sorprendente tampoco que hayan perdido su vigor las apelaciones atávicas a la democracia, a Dios, a la libertad, o a lo que se ponga por medio. Puesto que no es lo mismo sentirse terriblemente comprometido con estas cosas, que considerarlas con la distancia, y el despego, que gobiernan nuestra conducta cuando comparamos una lavadora con un friegaplatos, y preferimos el friegaplatos a la lavadora.

Una última observación. La división izquierda/derecha no introduce factores relevantes en el análisis. Salvo en un extremo, bien es cierto, importante. La derecha es más propensa a que se repare en los costes, que la izquierda. La diferencia de actitud se trasluce llegado el instante de hablar de déficit, deuda pública, o impuestos progresivos. Pero ésta, indudablemente, es otra historia.

Álvaro Delgado-Gal, *ABC*, 15-11-02

LOS NUEVOS PROGRESISTAS

Leo el reciente texto de Daniel Lindenberg, profesor francés de ciencia política y consejero de “Esprit”, sobre “los nuevos reaccionarios” (“Le rappel á l’ordre”) que está levantando una gran polémica en la prensa francesa. Pero si lo traigo aquí a colación no es para dar cuenta de sus tesis. Tampoco tendría mucho sentido por cuanto la oleada antifeminista, racista, antiislámica y elitista que el autor denuncia está llena de guiños de ojo franceses de traducción difícil.

No. Si quiero hablar hoy de este texto es para decir que el mundo intelectual francés sigue manteniendo una vitalidad que aquí desconocemos; sigue habiendo en el país vecino pasión por las ideas y gusto por el debate.

Es verdad que, como nos decía Julián Marías, hace unos días a Agapito Maestre y a mí, ha pasado en Francia el tiempo de los grandes creadores tanto en filosofía como en el pensamiento político, pero sigue habiendo una trama de escritores —muy especialmente relacionados con la literatura— de un innegable interés. Por un lado, están en los problemas de nuestro tiempo y de un modo que podríamos llamar muy francés, es decir en una continuidad de la tradición francesa, ya sea en una línea conservadora o más progresista o marxista. De este modo unos pueden reconocerse en precedentes ideológicos y literarios como Guy Debord, Althusser, Bourdieu, Filinkraut... o en Maurras, Péguy, Bloy, Celine y, ahora, en las dos expresiones más acabadas de estos que el autor llama nuevos reaccionarios y que son Houellebecq (“Plataforme”), o Maurice Dantec.

¿Y aquí? ¿Qué vientos corren por aquí? ¿Y cómo se manifiesta el pensamiento español, no sólo el filosófico sino el literario también, y el que circula por los periódicos y, sobre todo, cómo se estructura en función de la tradición española y en relación con las grandes corrientes del siglo pasado?

Lo nuestro es, sencillamente, la desolación. Aquí, no hay espacio para los debates de las ideas. ¿Por qué? En primer lugar, porque durante la transición a la democracia

se rompieron las líneas de continuidad cultural que se habían diseñado durante el franquismo y en relación con las de la preguerra o las que se mantenían en el exilio (desde Ortega, Gaos, María Zambrano a Marías, Zubiri o Bueno o Trías; desde Américo Castro y Sánchez Albornoz a Laín, Maravall, Díez del Corral y así sucesivamente según materias). Hubo más recuperación de la memoria durante el franquismo a pesar de todas las dificultades que la que se da en la práctica durante la democracia. Por una razón muy sencilla: comienza a actuar un partidismo sectario manejado por los comisarios de los medios de comunicación que van a negar el pan y la sal a todo lo que se considera conservador, de tal modo que se deja sin raíces a la cultura española en todos los terrenos, desde las ideas estéticas hasta las políticas... Si durante el franquismo la hegemonía cultural del pensamiento conservador permitió el rescate de un pensamiento progresista y hubo espacios, la hegemonía cultural de la izquierda que se iba a dar en la democracia se ha comportado de un modo parcial, unilateral. A lo sumo acoge a aquellas expresiones que le resultan dóciles políticamente. Es tan poco fértil esta hegemonía cultural de la izquierda que ni siquiera le da resultados a ella misma, ni siquiera está dando frutos propios. Tiene que acudir a las traducciones para todo ya que los textos propios carecen de la frescura que viene dada por la originalidad y el riesgo.

Esta es tu victoria, hay que decirle a esta forma de muerte que es la que ejerce la industria cultural dominada por la izquierda: editoriales, diarios, televisiones... A tanto el folio y tiradas de tres mil ejemplares. La paz de los muertos. Todo es posible: la defensa de la donación, la antiglobalización o la canonización laica de Arafat. Ni siquiera lo de aquí es el pensamiento débil. Es la derrota del pensamiento.

César Alonso de los Ríos, ABC, 21/1/03

10 RAZONES POR LAS QUE INTERNET NO PUEDE SUSTITUIR A LAS BIBLIOTECAS

La lectura, como dijo el gran ensayista inglés Matthew Arnold, "es cultura". En vista de los resultados de las pruebas de lectura realizadas en todo el país entre los niños en edad escolar, no sorprende comprobar que tanto nuestra nación como nuestra cultura se encuentren en dificultades. Y a esta espiral descendente hay que añadirle la prisa por conectar todas las escuelas a Internet, particularmente las de parvularios. Si no fuera por los libros de Harry Potter se podría perder toda esperanza y languidecer definitivamente. Además, de repente reparamos en que las bibliotecas

sufren auténticas dificultades y corren un grave peligro al escuchar lo que opinan importantes funcionarios de la enseñanza superior: “¿No saben que Internet ha hecho que las bibliotecas caigan en desuso?” ¡Pardiez! como podría decir el mismo Harry.

En un esfuerzo por salvar nuestra cultura, reivindicar la lectura y, ante todo, corregir las bienintencionadas, aunque tremendamente confusas, nociones sobre lo que a gran velocidad está cobrando forma de Intertopía para muchas personas no bibliotecarias, expongo a continuación 10 razones por las que Internet no puede sustituir a una biblioteca.

1. NO TODO ESTÁ EN INTERNET

Con más de mil millones de páginas Web, nadie lo diría a primera vista. No obstante, en Internet hay muy pocos contenidos sustanciales que sean de libre acceso. Por ejemplo, sólo el 8% de los periódicos están en la Red, y el porcentaje de libros es todavía menor. ¡Ambas cosas son caras! Si queremos el Journal of Biochemistry, el Physics Today o el Journal of American History, tendremos que pagarlos, y a un precio de cientos de miles de dólares.

2. CÓMO BUSCAR UNA AGUJA EN UN PAJAR

Internet es como una inmensa biblioteca no catalogada. Tanto si utiliza Hotbot, Lycos, Dogpile, Infoseek como cualquier otro de los muchos motores de búsqueda y metabúsqueda, no está buscando en toda la Web. Los sitios suelen prometer que lo buscarán todo, pero no pueden hacerlo. Por otra parte, lo que buscan no se actualiza ni diaria ni semanalmente, a veces ni siquiera mensualmente, a pesar de lo que anuncian. Si un bibliotecario le dijera: “Aquí tiene 10 artículos sobre nativos americanos. Tenemos otros 40 pero no le vamos a dejar verlos, no ahora, no todavía, hasta que efectúe otra búsqueda en otra biblioteca”, a usted le daría un ataque. Internet lo hace rutinariamente y a nadie parece importarle.

3. EL CONTROL DE CALIDAD NO EXISTE

Sí, necesitamos Internet, pero además de toda la información científica, médica e histórica (cuando es correcta) que contiene, también hay todo un sumidero de basura. Los jóvenes, cuando no se forman sexualmente en los sitios calificados XXX, aprenden política en la página web de Freeman o establecen relaciones racistas en los sitios del Ku Klux Klan. En la Web no hay control de calidad y es muy poco proba-

ble que lo haya. A diferencia de las bibliotecas, donde muy raramente se guardan las publicaciones de la prensa sensacionalista, el sensacionalismo es lo que muchas veces impulsa a Internet. Cualquier loco puede poner cualquier cosa en la Web y, por lo que yo he visto hasta ahora, todos lo han hecho.

4. LO QUE NO SE SABE, REALMENTE PERJUDICA

Para las bibliotecas, la digitalización de los periódicos ha sido de gran ayuda. Pero los sitios llenos de texto, aunque sean magníficos, no siempre están llenos. Lo que no sepa le puede perjudicar:

1. en estos sitios, los artículos suelen haber perdido, entre otras cosas, las notas al pie;
2. tablas, gráficos y fórmulas muchas veces no aparecen de forma legible (especialmente al imprimirlos);
3. en los paquetes digitalizados, los títulos de los periódicos cambian con regularidad, muchas veces sin previo aviso.

Una biblioteca puede empezar con una cantidad X de periódicos en septiembre y acabar con una cantidad Y en mayo. El problema es que los títulos no son los mismos de septiembre a mayo. A pesar de que la biblioteca puede haber pagado 100.000 dólares por el acceso, raramente se le notifica ningún cambio. Yo no comercializaría el acceso a los periódicos digitalizados por nada en el mundo, pero debe hacerse un uso juicioso, planificado y ponderado del mismo, no con una confianza plena, total y exclusiva.

5. EN LA ACTUALIDAD LOS ESTADOS PUEDEN COMPRAR UN LIBRO Y DISTRIBUIRLO A TODAS LAS BIBLIOTECAS, LA WEB NO

Sí, y podríamos hacer que todo un instituto nacional de enseñanza media, una universidad nacional o un pequeño cuadro docente que impartieran sus enseñanzas a todo el mundo a través de vídeo-conferencia. ¡Vayamos un paso más allá y tengamos sólo equipos deportivos digitalizados para poder ahorrar de verdad! (De acuerdo, lo sé, acabo de insultar a la religión nacional). Desde 1970, cada año se publican unos 50.000 títulos académicos. De este millón y medio de títulos, no llegan a dos mil los que están disponibles. Lo que si hay en la Red son unos 20.000 títulos publicados antes de 1925. ¿Por qué? Porque no soportan restricciones de derechos de autor que

eleven los precios al doble o el triple de los costes de impresión. Por último, los proveedores que distribuyen libros electrónicos sólo autorizan una copia digitalizada por biblioteca. Si saca usted un libro electrónico de la Web, yo no puedo tenerlo hasta que usted lo devuelva. Imagínese, como se suele decir. Y si se retrasa usted en la devolución del libro, no hay argumento posible tipo “el perro se ha comido los deberes”. Se le carga automáticamente en su tarjeta de crédito.

6. EH, AMIGO, HA OLVIDADO

LOS LECTORES DE LIBROS ELECTRÓNICOS

La mayoría hemos olvidado lo que decíamos del microfilm (“Podría reducir las bibliotecas al tamaño de una caja de zapatos”), o cuando se inventó la televisión educativa (“En el futuro necesitaremos menos maestros”). Intente leer un lector de libros electrónicos durante más de media hora. Jaquecas y fatiga ocular son las consecuencias más probables. Además, si lo que está leyendo tiene más de dos páginas de longitud, ¿qué hace usted? Lo imprime. ¿Dónde hay un árbol bajo el que cobijarse cuando realmente se necesita? Por otra parte, el precio de los lectores oscila entre 200 y 2.000 dólares; los más baratos son más arduos para la vista. ¿Pero esto cambiará? Sin duda, aunque en este preciso momento no hay fuerzas de mercado que puedan hacerlo cambiar. ¿Cambiará en menos de 75 años? ¡ Es poco probable!

7. ¿HAY ACTUALMENTE ALGUNA UNIVERSIDAD QUE NO TENGA BIBLIOTECA?

No. Hace unos años, se abrió la última universidad estatal de California, en Monterrey, sin edificio para la biblioteca. Durante los dos últimos años se han dedicado a comprar decenas de miles de libros porque —sorpresa, sorpresa— en Internet no podían encontrar lo que necesitaban. La Universidad Estatal Politécnica de California, sede de la mayor concentración mundial de ingenieros y adictos a la informática, durante dos años exploró la posibilidad de crear una biblioteca virtual (totalmente electrónica). La solución final fue una biblioteca tradicional de 42 millones de dólares con, por supuesto, un fuerte componente electrónico. En otras palabras, una biblioteca totalmente virtual no es posible. No todavía, no ahora, no en el tiempo que nos ha tocado vivir.

8. PERO UNA BIBLIOTECA VIRTUAL ESTATAL PODRÍA HACERLO, ¿NO?

¿Hacer qué? ¿Arruinar al Estado? Sí, lo haría. El coste que comporta tenerlo todo digitalizado es increíblemente alto, pues sólo los derechos de autor ya cuestan decenas de millones de dólares. Y con esto sólo se compra una biblioteca virtual para una universidad. Questia Media, la mayor de las empresas en este ámbito, gastó en enero 125 millones de dólares en la digitalización de 50.000 libros (¡aunque no destinados a bibliotecas!). A este precio, ¡virtualizar una biblioteca de tamaño medio de 400.000 volúmenes sólo costaría 1.000.000.000 de dólares! Luego hay que asegurarse de que los estudiantes tengan un acceso equitativo ahí dónde lo necesiten y cuándo lo necesiten. Finalmente, ¿qué hace usted con las raras y valiosas fuentes de primer orden una vez digitalizadas? ¿Tirarlas a la papelera? Y esperar que no se produzca jamás un corte de corriente eléctrica. Seguro, los estudiantes podrían seguir leyendo a la luz de las velas, ¿pero qué leerían?

9. INTERNET: UNA MILLA DE AMPLITUD, UNA PULGADA (O MENOS) DE PROFUNDIDAD

Entrar en el abismo de Internet es como el vértigo ante el vacío. Pero el vacío no sólo está relacionado con lo que hay, sino también con lo que no está. En Internet no hay muchas cosas que tengan más de 15 años de antigüedad. Los proveedores de acceso a las revistas rutinariamente añaden un año nuevo y eliminan uno anterior. El acceso al material más antiguo es muy caro. En los años venideros, sería útil que los estudiantes conocieran (y tuvieran acceso) algo más y no únicamente los materiales académicos escritos durante los últimos 10 a 15 años.

10. INTERNET ES UBICUA PERO LOS LIBROS SON PORTÁTILES

En una reciente encuesta realizada entre compradores de libros electrónicos, más del 80% dijeron que lo que les gusta es comprar libros de papel en Internet, no leerlos en la Web. Tenemos aproximadamente 1.000 años de impresión de la lectura en nuestro flujo sanguíneo y es poco probable que esto vaya a cambiar en los próximos 75. De acuerdo, ahora se producirán cambios en la distribución de los materiales electrónicos, y estos cambios, la mayoría de ellos inevitables, serán enormemente beneficiosos. Pero la naturaleza humana, siendo como es, siempre querrá acomodarse con un buen libro —no un ordenador portátil— al menos en el futuro inmediato.

La Web es colosal; pero es un sustitutivo tristemente pobre de una biblioteca de servicios múltiples. Vivimos una loca idolatría que pretende hacer de ella algo más que una herramienta. Las bibliotecas son iconos de nuestro intelecto cultural, tótems de la totalidad de conocimientos. Si las dejamos caer en desuso, habremos firmado el certificado de defunción de nuestra conciencia nacional colectiva, por no decir la sentencia de lo que echamos de nuestra cultura al cubo de la basura de la historia. Nadie mejor que los bibliotecarios sabe lo que cuesta mantener en funcionamiento una biblioteca. Nosotros siempre buscamos fórmulas para recortar los gastos sin tener que contratar servicios. Internet es maravillosa, pero hay que afirmar, como otros hacen en la actualidad, que dejar caer en desuso las bibliotecas es tan tonto como decir que los zapatos han hecho innecesarios a los pies.

Mark Y. Herringaigm, *American Libraries* 4(2001)76-78

* * *

Andrés Aberasturi, periodista, deslumbrado —en blanco— por su hijo, ha escrito un libro de poesía “deslumbrador” para ese su hijo... paralítico cerebral, incapacitado para tantas cosas menos para amar.

¡Qué lección!

EN CASA

Último poema de *Un blanco deslumbramiento*

MI HIJO duerme en su casa
y en SU cama.
Me he sentado a su lado esta noche
a mirarlo despacio:
sus gestos que conozco,
sus dulces labios,
esa frontera rosa de besos babeados.
Mi hijo duerme sano y yo a su lado
le contemplo en silencio.

Me detengo en sus manos,
en sus dedos largos y hermosos, finos,
en sus ojos
entre azules y grises,
ojos claros que miran el mundo
con asombro y dulzura,
en sus brazos delgados,
en sus piernas/Canillas,
en su pelo cuajado.

Cuando duerme mi hijo
coloca las dos manos
entre la almohada y su mejilla
y me pregunto qué sueña ya con 18 años.
Serán sueños de niño
donde tal vez se explique
este mundo tan raro
que juega
 y corre
 y grita
mientras mi niño, fuerte y delgado,
en su silla de ruedas
se contempla la mano mucho rato
y de pronto se ríe.
Y su risa
es un canto.

A mi hijo —de 18 años—
lo que más le gusta
es que le coja en brazos.
Pero yo ya estoy viejo y me cuesta
y me niego.
Y mi hijo me trepa, me coge, me mira,
me mira de tal modo
que me vence
y lo levanto en brazos

y entonces se me agarra y se ríe
y restriega su cara con la mía
y me abraza.
Y ese abrazo
es un canto.

MI HIJO
en 18 años
nunca ha dicho “mamá”
y nunca ha preguntado
por qué la vida ha hecho lo que ha hecho.
Mi niño nunca ha hablado.

Mi hijo —ya lo he dicho—
no sabe andar;
sujetándolo
puede dar unos pasos
hasta que dobla las rodillas.
Pero en la silla de ruedas
o medio gateando
viene y va por la casa
no sé cómo,
y hay mañanas
que yo estoy acostado,
dormido, medio en ruinas
y de pronto aparece a mi lado
y abro un poco los ojos y le veo
y me mira
y le miro
y ese simple mirarnos
con la mañana al fondo
es un canto.

LA BOCA de mi hijo
es un vergel de dientes malformados
en el que la fonética

pactada en los diccionarios
no ha querido posarse.
Por eso
para sus labios
invento yo sonidos
y fabrico palabras
que tengan el tamaño de su boca.
Las tallo y las horneo y las guardo
y cuando están maduras
las desparramo
entre sus sueños blancos
y en sueños mi hijo dice “madre”,
“alba”, “amigo”, “hermano”.

Y cuando sueña el hijo
como ahora está soñando
con palabras que solo nosotros conocemos,
con esas palabras que le hago
en noches como esta,
cuando mi hijo sueña
es un canto.

MI HIJO mueve los brazos
desmesuradamente.
Y las piernas.
Y todos los costados
de un cuerpo sin secretos.
Todo desmesurado.

Si se ríe se ríe a carcajadas
y cuando abraza
abraza tanto
que casi te hace daño
y te coge y te araña
y te busca la boca con la mano
y se faja contigo cuerpo a cuerpo

alma a alma.
Y toda esa desmesura de mi hijo,
es un canto.

LAS MANOS

de mi hijo no empuñarán banderas
ni fusiles
ni hoces
ni moldearán el barro
ni escribirán sonetos.
Las manos de mi hijo
nunca harán daño.
Sus manos,
sus dedos largos,
son torpes cuando agarran
pero acarician tanto,
te buscan y te cercan con tanto ahinco,
que ese cerco
es un canto.

HAY NOCHES en que el hijo
se me duerme ovillado junto al regazo
de la madre.
Ella resuelta en lunas,
él pálido,
rosa y mortal.

Ay nanas de la cebolla,
nanas de los 18 años
a cuestras con la vida
y ella y tú batallando
contra la muerte injusta, ganando
la batalla
y volviendo a luchar
esta vez contra el miedo.

Y siempre ganando.

Fue ella, hijo, fue ella
—y tú en sus brazos
mortal y rosa,
mi niño fieramente ángel,
mi ángel fieramente humano—
fue ella quien se irguió
sin odio
frente a la desgracia
y empezó a caminar plantando cara y alma
a tu destino incierto,
a la muerte feroz equivocada.

Y cruzó la engañosa ciudad
del desamparo. Dejó atrás
los desiertos de la nada.
Atravesó los arrecifes de la fácil huida.
Anduvo sin mojarse sobre las aguas
turbias del miedo y la amenaza;
Y nunca lloró
teniéndote en los brazos.

Cuando encontró la paz
al fin,
cuando ella y tú os mirasteis
y de aquella mirada
nació la fuerza más grande de la tierra,
entonces
empezó a levantar
para ti,
para todos,
la ciudad de la esperanza.

Pintó los horizontes
transparentes,
derribó las murallas,
te hizo caminos nuevos
y llenó las distancias
de puentes y de sombras;
colgó del cielo estrellas
sólo para que tú las vieses
y para ti hizo cierta
la hasta entonces
dudosa luz del alba.

Y no fue fácil
hijo, te lo juro.
Tu historia
es una historia larga
llena de incertidumbres,
de acosos y amenazas.

Hubo días de lluvia
en los que el alma
se contagiaba, negra,
de aquellos nubarrones
y era duro seguir
en aquella ciudad
a medio hacer
de la esperanza.

HUBO noches en vela,
noches muy largas
contando el aire que exigías por minuto,
—y no es metáfora—
noches de fiebre alta
donde la vida sólo funcionaba a medias:
te medio dormías,

medio respirabas,
nos mirabas con los ojos medio abiertos,
y hasta tu vientre tenía que medio tirar
de aquel pulmón herido
que se negaba
a subir más oxígeno
para que tú siguieras,
para que continuaras
en esto de la vida.

La vida...
qué palabra.
La vida era un pez escurridizo,
un hilito de nada
latiendo débilmente en una cuna
mientras la muerte,
esa injusticia de grandes alas blancas,
esperaba desatenta,
disfrazada
de solución y olvido.

TODO ha pasado ya.

—Duerme ahora hijo mío,
duerme mi niño, duerme
que mañana
pondremos soles nuevos en el día.
Nos espera la vida.

La vida...
qué palabra,
tan dura a veces;
la vida
que a veces duele tanto
que sólo tu risa abierta
—ese canto—

endulza esta agonía amarga
que es vivir.

—Duerme ahora mi niño
duerme,
porque tú eres la paz,
porque tú eres la paz.

—Duerme gorrión inmóvil,
duerme ángel mío.

—Duerme mi niño, duerme.

Hijo mío.
Anda,
duerme.